

El filósofo francés Bernard Henri-Lévy, durante la conferencia que pronunció hace unas semanas invitado por el BASTA YA! en San Sebastián, se refirió a ETA como al "agujero negro" que amenaza ni más ni menos que la construcción europea; una tragedia local, dijo, que debería ser objetivo prioritario de la Unión Europea; pocas veces alguien de fuera de nuestras fronteras ha lanzado una advertencia más clara.

Fernando Savater explicaba en un artículo anterior que el peligro del terrorismo de ETA no se circunscribe sólo a España, como algunos pueden pensar, sino que la amenaza se extiende a todo el continente. Fernando alertaba sobre el peligro que propuestas soberanistas como la del lehendakari Ibarretxe encierran para Europa; sería, cito palabras suyas, "el final de la Europa cosmopolita, plural e ilustrada".

Me pregunto si habrá muchos Bernard Henri-Lévy en esa Europa que estamos construyendo. En otras palabras: me gustaría saber si realmente las instituciones de la Unión están lo suficientemente concienciadas no sólo sobre el acoso terrorista cotidiano

que padece una parte de la ciudadanía vasca, sino de la incidencia que esta combinación entre coacción terrorista y ruptura unilateral de las reglas del juego por parte del nacionalismo gobernante, puede llegar a tener en el orden democrático. El dilema no se plantea tanto entre ideologías como entre quienes defienden y quienes combaten la Constitución y el Estatuto como marco compartido en el que dirimir los conflictos propios de toda sociedad plural. Pero defensores y detractores compiten en situaciones muy diferentes. Unos pueden defender sus ideas libremente; otros se ven amenazados por defender las suyas.

Se habla de quiebra social y es un riesgo real. Habría que recuperar el consenso contra ETA pero quienes llevan más de veinte años gobernando han roto ese consenso al considerar liquidada la fase autonomista de su proyecto. Así, un proyecto que fue suyo, y único campo posible con el que se identificaba la mayoría de la población, ha sido abandonado y desacreditado.

De ahí que una gran parte de la población se considere herida y frustrada; herida, porque se ve atacada brutalmente por el terrorismo etarra; herida también

porque se ve, se siente despreciada y anulada por las instituciones vascas las que, teóricamente, deberían de defenderla.

Y frustrada porque lo que parecía obligado, el acuerdo de las fuerzas políticas vascas, impulsado desde las instituciones vascas frente al ataque terrorista, se condiciona a la aceptación del programa de las fuerzas que actualmente gobiernan en la CAV.

Que se haya conformado un pacto de estado permanente, entre las principales fuerzas políticas españolas, es una garantía de que cualquier cambio de mayoría no romperá el compromiso de no negociar con los terroristas; pero en el ámbito vasco no hay nada que cumpla la función que durante más de una década jugó el Pacto de Ajuria Enea. Los miles de ciudadanos que se han manifestado estos últimos años contra la resignación reclaman la unidad de acción de todos los demócratas frente a quienes amenazan la libertad de todos. Y esperan que los partidos constitucionalistas sean capaces de desplegar una política capaz de atraer a los votantes autonomistas que han seguido

respaldando a un nacionalismo rupturista con cuyo programa y discurso ya no se identifican.

Se acercan elecciones, unas elecciones que estarán marcadas una vez más por la desigualdad de condiciones: unos podrán organizar su campaña sin miedo, podrán ir a los mercados, a la salida de los colegios, se pasearán por nuestras calles y plazas; otros no podrán hacerlo. Otros sólo podrán desplazarse con escolta y tendrán que exponerse al acoso si intentan relacionarse con sus electores. No serán plenamente democráticas las elecciones mientras el fantasma del terror amenace a los candidatos constitucionalistas y a sus militantes; por eso se hace tan necesario invitar a las fuerzas democráticas, nacionalistas o no, a situar en un primer plano, como prioridad ineludible, la restauración de las condiciones de igualdad en la competición política.

En esta línea reprochamos a l gobierno de Ibarretxe su falta de compromiso con las víctimas. Para recordárselo nos manifestamos ante Ajuria Enea. Queremos que sepa que también nosotros, los heridos, tenemos

derecho a ser escuchados y la obligación de recordarle que también debe ser nuestro lehendakari. Queremos que reaccione ante nuestro desamparo y que se ponga a trabajar para consolidar no una sociedad quebrada y frustrada, sino una sociedad plural, donde se pueda ejercer la libertad que tanto nos falta.

¿Por qué no se trabaja más desde instancias educativas y culturales para preparar otra salida a los jóvenes que se aprestan a empuñar una pistola? ¿Por qué no se apoya ni colabora con la justicia que trabaja por desbaratar a ETA y sus entramados? ¿Por qué no se está del lado de las víctimas cuando sólo reclamamos el reconocimiento de la injusticia de que hemos sido objeto?

Tarrou, un personaje de la novela *La peste*, de Albert Camus, dice que no quiere ser el enemigo mortal de nadie, dice que rechaza todo aquello que de alguna manera provoca la muerte o justifique que se mate, que en este mundo hay epidemias y hay víctimas, y que es necesario no dejarse arrastrar por las plagas, sino que hay que hablar y actuar con claridad, y que muchas veces todas las desgracias de los hombres se producen

porque no utilizan un lenguaje claro. El testimonio de este personaje resume lo que sucede desde hace años en el País Vasco.

Aquí también se desató una epidemia, la sinrazón del terrorismo, y por desgracia, sigue habiendo individuos cautivos y contagiados por ella. A las víctimas directas de esa epidemia se unen todos los que viven amenazados por su función social -periodistas, políticos, magistrados, profesores, sindicalistas, pacifistas- que se niegan a firmar un pacto de silencio con los asesinos. Y cuantos se han visto obligados a abandonar su tierra y su casa.

No es decente ante esta situación mirar para otro lado, hacer como que no nos ven; hasta hace muy poco no nos importaba si nuestro compañero o vecino o nuestro amigo era o no nacionalista, o socialista, o de derechas, católico o agnóstico, sólo necesitábamos saber de qué lado estaba: del de las víctimas o del de los verdugos. Si de verdad queremos salvar esta sociedad tendremos que empezar por volver a labrar en la tierra vasca esa raya, la única posible en estas condiciones: la que separa a los demócratas de los fascistas, la que separa

a quienes defienden la libertad de quienes la combaten mediante el terror.

"No puede haber paz sin justicia, y la exigencia de ésta ha de constituir, junto con la protección a las víctimas, el norte de todos los países democráticos", cito palabras de Baltasar Garzón en un reciente artículo suyo. La petición de justicia es la máxima reivindicación a la que aspiramos quienes creemos en el estado de derecho, el único camino para conseguir la paz; ese es el camino que Baltasar Garzón ha emprendido y por el que hoy recibe el premio de la fundación Gregorio Ordóñez. Baltasar Garzón, defensor de los derechos humanos, defensor de inocentes contra tantas injusticias internacionales y abusos de tiranos. Su labor y la de tantos otros jueces y magistrados corresponde a nuestra más profunda aspiración. Sólo de la mano de la justicia y respetando las reglas del juego democrático lograremos salir del agujero negro en el que intenta mantenernos sometidos el terrorismo.